

© Diego Sánchez González, Luis Ángel Domínguez Moreno, 2014

© De la imagen de cubierta: Luis Ángel Domínguez: Mercado de Santa Caterina, Barcelona, 2014

Diseño de cubierta: Editor Service, S.L.

Primera edición: septiembre de 2014, Barcelona

Con la colaboración de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Avda. Tibidabo, 12, 3º
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
gedisa@gedisa.com
http://www.gedisa.com

Preimpresión:
Editor Service S.L.
Diagonal 299, entresol 1ª — 08013 Barcelona

ISBN: 978-84-9784-836-7
Depósito legal: B.10309-2014

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

Prólogo.....	9
Aproximaciones a la identidad y el espacio público	25
<i>Diego Sánchez González y Luis Ángel Domínguez Moreno</i>	

PARTE I

Procesos identitarios en la configuración del espacio urbano

Identidades cosmopolitas y territorialidades en las sociedades posmodernas	41
<i>Daniel Hiernaux-Nicolas</i>	
El habitar la ciudad, las redes topológicas del urbanita y la figura del transeúnte	55
<i>Alicia Lindón</i>	
La ciudad como valor e identidad.....	77
<i>Nora Livia Rivera Herrera y María Teresa Ledezma Elizondo</i>	
La identidad social urbana como instrumento para mejorar el bienestar humano	97
<i>Sergi Valera</i>	

La construcción de la identidad ambiental a partir del urbanismo ecológico. 121
Francisco Javier Toro Sánchez

Identidad del lugar, envejecimiento y presiones ambientales de la ciudad. Reflexiones desde la gerontología ambiental. 141
Diego Sánchez González

Identidad, mito y rito en los no-lugares. Los jóvenes, alcohol y espacio público en Granada 169
Danú Alberto Fabre Platas y Carmen Egea Jiménez

PARTE II

La identidad como catalizador del espacio público

Identidad y espacio arquitectónico. 195
Luis Ángel Domínguez Moreno

Identidad y diferencia en la «ciudad genérica» y en la «ciudad histórica». Percepción y prácticas espaciales. 215
Pau Pedragosa

Espacio público y calidad urbana 235
Mario Cerasoli

Los espacios públicos: vacíos con identidad. Lugares con poética 251
Víctor Neves

El afecto en la arquitectura: la relación entre arquitecto, lugar y habitante a través del proyecto dialógico 263
Fernando Espósito-Galarce

Educación a la imaginación para la construcción de la ciudad 287
Adolfo Benito Narváez Tijerina

Autores 309

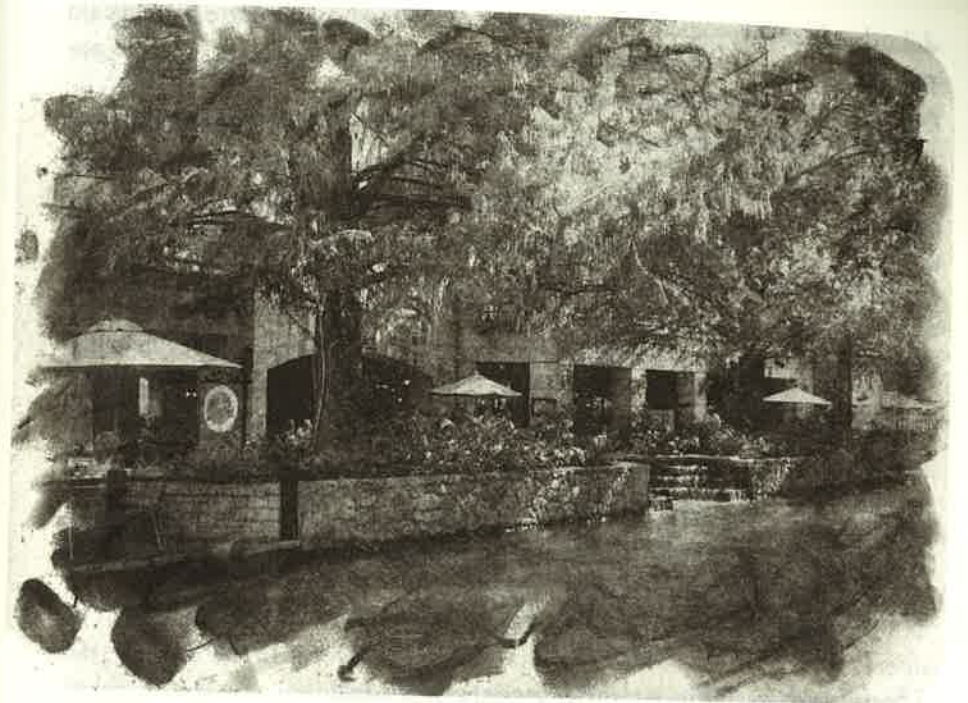
Prólogo

Descubrir el espacio público

«Atravesar la calle para salir de casa» escribió en un poema Cesare Pavese. Así fue como descubrí de niño la calle, la aventura de vivir la ciudad. Salir de casa y de la escuela. Para mí la ciudad fue y es ante todo el espacio público.¹ Mi vivencia no corresponde al «habitar» de Bachelard, «las sensaciones y emociones que el individuo experimenta con relación al lugar donde está», que cita Alicia Lindón. Estos sentimientos existen y yo también los he sentido, pero tiendo a objetivizar la realidad del espacio público, lo cual no es una crítica, simplemente otra perspectiva.² La concepción del espacio público como «lugar» en el que habita el individuo y se siente protegido según Heidegger, citado por Lindón, no me resulta del todo convincente. Puede

1. En el inicio de un prólogo, Oriol Bohigas concuerda y afirma como síntesis del libro: «el espacio público es la ciudad». El libro es: *Espacio público: ciudad y ciudadanía* de Jordi Borja y Zaida Muxí (Editorial Electa, 2003). Y excusen que en un prólogo cite a otro prólogo.

2. Las referencias a Bachelard y a Heidegger corresponden al texto de Alicia Lindón. Confieso que sólo leí un poco a Bachelard (*La poétique de l'espace*) en mi época de estudiante y me pareció estimulante. ¿Heidegger? Conozco poquísimo su obra filosófica. Su idealismo existencial y sus compromisos con el nazismo contribuyeron supongo a no animarme a leerlo. No cuestiono su importancia en la filosofía pero como urbanista me interesa poco. Además me irrita que sedujera a Hanna Arendt. Debo añadir que el trabajo brillante de la geógrafa Lindón sí que me interesa, pues a partir de una reflexión inicial de carácter filosófico muy erudita aterriza en la realidad de una ciudad que tiende a disolverse y unos habitantes caracterizados por una movilidad permanente que les hace más «transeúntes» que «habitantes» arraigados en un lugar.



© Diego Sánchez González

San Antonio River Walk. San Antonio, Texas, Estados Unidos

La construcción de la identidad ambiental a partir del urbanismo ecológico

Francisco Javier Toro Sánchez¹

Introducción

El tránsito de un siglo a otro ha supuesto que las ciudades y los actores implicados en ellas se replanteen el diseño y el funcionamiento de los sistemas urbanos a partir del principio de sostenibilidad. Sin embargo, el *mainstream*

¹. Doctor en Geografía y Profesor sustituto interino del Departamento de Geografía Humana de la Universidad de Granada.

del urbanismo ecológico se ha simplificado en medidas de corte higienista o paisajista, recordando a la praxis decimonónica y de principios del siglo pasado, y de rasgos sectoriales y tecnocráticos.

Como reacción a esta imagen estereotipada de la naturaleza y el medio ambiente en la ciudad, surgen movimientos que parten de la crítica al modelo de desarrollo y de un distanciamiento de esta concepción estética de la naturaleza y de ecologismo de corte neoliberal. La presencia del discurso de la sostenibilidad en los contextos urbanos y las respuestas dadas por parte del urbanismo ha supuesto, pues, un desdoblamiento de identidades, basadas, a su vez, en concepciones disímiles de afecto y conciencia del lugar, que merecen ser analizadas y valoradas. Partiendo de una revisión teórica y crítica de cómo la identidad ambiental y la conciencia ecológica se han instalado en los contextos urbanos, se analizan las peculiaridades del urbanismo ecológico neoliberal, ejemplificándolo en casos como la *gentrificación ambiental* y se ofrecen, a la luz de la filosofía *decrecentista*, ideas y reflexiones que induzcan a alternativas en la forma de construir identidades mediante una relación más cercana y afectiva al medio.

Identidad, espacio urbano y sostenibilidad

Cualquier acercamiento a los principios teóricos de la sostenibilidad (permítaseme volver a las andadas con este tema) debe recordar que no es un asunto ajeno a nuestra etología y constitución como individuos sociales. La sostenibilidad es inconcebible sin una estructura social sólida, que permita a la gente reconocerse como grupo o comunidad, es decir, que comparta unos atributos comunes y que, evidentemente, estos se inclinen a reproducir conductas más respetuosas con el entorno. Su éxito depende de la consecución de estrategias y proyectos colectivos, participados y arraigados a los lugares que escenificarán tales estrategias. De aquí se pueden dilucidar dos evidencias: una, a nivel particular; la otra de tipo sistémico. La primera: una sociedad dominada por estrategias de supervivencia individuales no sería el contexto más adecuado para la sostenibilidad (Pol, 2002: 9-11). El «dilema del prisionero»² y una lectura adecuada de la «tragedia de los comunes»³ apuntan hacia la dificultad

2. El «dilema del prisionero» se aplica en la «teoría de juegos» cuya tesis central es que dos personas podría no cooperar para resolver un problema incluso si en ello va el interés de ambas.

3. Esta teoría, propuesta por G. Hardin, reflexionaba de una manera muy sutil sobre los

de pensar en colectivo o de ponerse en el lugar del otro, persiguiendo las ganancias inmediatas y particulares. La segunda: el modelo económico imperante, el capitalismo neoliberal, favorece el individualismo, la competencia y los desequilibrios entre personas y regiones, por lo que en ningún caso podría ser el punto de partida para un «desarrollo sostenible» o cualquier otro término que se asemeje. Sin olvidar, lo más importante, la imposibilidad física de extender *ad infinitum* las ilimitadas demandas materiales del sistema. Esto ya descartaría todas aquellas tendencias o instrumentos como el capitalismo verde, el ecologismo neoliberal o moderado, la sostenibilidad débil, los indicadores monetarios o la compatibilidad absurda e imposible (según la mentalidad productivista) entre crecimiento económico y conservación de la naturaleza, que omiten la tarea fundamental de discutir la base ideológica, conceptual e instrumental del sistema económico imperante.⁴

La transformación que la sociedad actual precisa para identificarse como «sostenible» ha de suponer mucho más que esfuerzos individuales y por tanto trasciende la esfera excluyente y sectaria del sistema capitalista. Se ha argumentado en más de una ocasión que la acción acumulativa y sinérgica de iniciativas locales, más aún si están interconectadas en forma de *redes*, es el paso decisivo para lograr la transformación global que exige la crisis ecológica global. El acento se ha puesto en las ciudades, por su vertiente estratégica y decisoria (albergan a las actividades económicas y los consumidores que espolean al sistema capitalista), en estos sistemas reticulares de distinta jerarquía, densidad o dimensión. Sin embargo, el balance de años de políticas de sostenibilidad urbanas y de experiencias *en red* presuntamente colaborativas, no deja de ser precisamente eso: resultados indi-

supuestos problemas de la gestión colectiva de los recursos y bienes de la naturaleza, ofreciendo argumentos favorables a su privatización y explotación individual. Según este planteamiento, todo individuo se movería egoístamente en aquellas áreas definidas como de uso público o comunal, pues podría ocultar comportamientos individualistas sin reparar en el bien colectivo. Una de esas formas es la de pensar que si nadie racionaliza el uso de un bien, es inútil hacerlo uno mismo, por lo que seguiría una inferencia trágica que perjudicaría a todos. Si bien, como advierte F. Aguilera Klink (2006: 22): «lo que Hardin denomina propiedad común no es, en realidad y de manera objetiva, otra cosa que la ausencia de propiedad o lo que él denomina libre acceso, casos en los que la ausencia de acuerdos —es decir, la ausencia de cooperación— para la explotación del recurso conduciría lógicamente a su agotamiento».

4. Véanse, por ejemplo, las obras de J.M. Naredo (2006), O. Carpintero (1999) y R. Bermejo (1993) donde se exploran pormenorizadamente las raíces del deterioro ecológico y social en el modelo de desarrollo económico.

viduales y locales que, en el mejor de los casos, han tenido diez o quince años de permanencia, con frecuencia a partir de fuertes impulsos en una primera etapa e indiferencia o fracasos en una segunda. Las Agendas 21 Locales han sido un ejemplo palmario al menos en el caso español. Su filosofía invitaba a un papel determinante de la ciudadanía en la construcción de *ciudades sostenibles* (un *oxímoron* al igual que el propio desarrollo sostenible) que, con un exceso de control institucional mediante, arrojaban otras perspectivas a la forma de hacer ciudad y de la gestión de los problemas ambientales en ella. Ha sido, precisamente, el fuerte componente tecnocrático y las secuelas dejadas por políticas neoliberales y populistas en la ciudad, lo que han convertido folletos de distintos formatos, diagnósticos en papel o digitalizados, sistemas de indicadores sin aplicación real, planes de acción que desbordan los archivos de las oficinas municipales, mapas de ruido y de movilidad urbanas, puntos limpios para alejar nuestra basura doméstica, aulas de educación ambiental desiertas, carriles bici mal planificados, y un largo etcétera, en una nueva forma de contaminación, la *burocrática-institucional-gubernamental*, que añade más paradojas a políticos y ciudadanos formalmente comprometidos con el medio ambiente. Sin embargo, esta basura institucional ha contribuido a crear nuevos lugares, infraestructuras, hitos y puntos de referencia en el espacio urbano que, no en pocos casos, han revestido la imagen de antaño de ciudades aquejadas por su creciente insostenibilidad y lo que es más importante, la de sus ciudadanos y de sus representantes políticos.

Esto es sólo un pequeño ejemplo del convencimiento extendido de que se están haciendo las cosas bien, más aún si no perturba los estilos de vida del censo de votantes potenciales. Como corolario, un buen número de sondeos y de encuestas indicaría que el alto nivel de concienciación ambiental que se registra en los ciudadanos es un reflejo de la importancia atribuida a los problemas ambientales (Berenguer *et al.*, 2005). No sólo eso, sino que, comparativamente, la preocupación ambiental es aparentemente más alta en las ciudades (Van Liere y Dunlap, 1981) que en las zonas rurales (Berenguer *et al.*, 2005). No es lugar éste para discutir el rigor de estos estudios, que se da por hecho, pero quizás sí el enfoque y los conceptos de partida para el análisis. Afirmar que la percepción de los problemas ambientales se incrementa con el tamaño del lugar de residencia (Samdahl y Robertson, 1989), siendo positiva la relación entre actitudes proambientales y acciones en el contexto urbano y negativo en el rural, muestra un sesgo académico y formativo

que, al menos, debe llevar a entender qué es lo que se pretende medir y estandarizar como «actitud proambiental». Así, según Berenguer *et al.* (2005), las personas que habitan la ciudad son ambientalmente conscientes, pero no así en lo que respecta a actitudes y comportamientos ambientales específicos. La percepción de la gravedad de problemas ambientales específicos está vinculada más estrechamente al lugar de residencia que a parámetros generales sobre valores o conciencia ambientales (*buenas intenciones* o buena predisposición ante el encuestador, según el caso). Podríamos añadir que no sólo el lugar de residencia forma parte de la experiencia cotidiana del ciudadano en el medio ambiente urbano, sino también el lugar de trabajo, el lugar de ocio y casi más relevante que los anteriores el lugar (o los lugares) por los que se desplaza y de la forma con la que lo hace. Sin embargo, sorprende que los estudios dirigidos a analizar la preocupación ambiental por el lugar de residencia o, por los lugares que los habitantes urbanos usan o transitan, han sido escasos (Berenguer *et al.*, 2005).

Se ha demostrado, en estudios de Psicología Ambiental (Pol, 2002), que el sentido de pertenencia y apego a un lugar ayuda a incrementar el sentido de responsabilidad de los individuos hacia su entorno. La *identidad ambiental*, es decir, la forma con la que se define en relación a la naturaleza, es una característica compartida socialmente (Opatow y Brook, 2003), de tal modo que se trata de un evento social, no simplemente una expresión de valores o preferencias individuales (Fang y Loury, 2005). Sin embargo, aunque identificarse como ecologista es preferible que manifestar una oposición radical a proteger el medio ambiente (aquí hay algo de demagógico), no es algo que ineludiblemente conduzca a esfuerzos o prácticas proambientales, pues el comportamiento no determina la identidad y viceversa (Berenguer *et al.*, 2005; Owen *et al.*, 2010). Más peliagudo es el terreno cuando se introducen variables en el perfil del ciudadano. Ciertos estudios asocian la mayor conciencia ecológica con individuos que cuentan con un nivel de estudios superior, profesionales cualificados, mujeres jóvenes, y con ideología liberal (Valera y Guàrdia, 2002; Berenguer *et al.*, 2005). Generalmente, este perfil es el propio de barrios y áreas residenciales de clases más acomodadas y de poder adquisitivo medio-alto o alto. Esta situación, sin embargo, contrasta con la manifestación de conductas ecológicas. Una conciencia ecológica *estándar*, es decir, aquella que más se publicita en forma de moda por el reciclaje y los alimentos ecológicamente más saludable (aquí también se suelen filtrar los productos *light* o sin gluten,

aunque contengan todo un repertorio de conservantes, acidulantes, potenciadores de sabor, etcétera), lleva consigo un mayor número de adeptos. Gran parte de las iniciativas sobre sostenibilidad urbana se han puesto en marcha con altas dosis de trabajo mediático y propagandístico. El «medio es el mensaje» (McLuhan *dixit*) para lograr que todos asimilen y reproduzcan de manera simétrica el mismo discurso. Es lógico pensar que, en medios urbanos, ir más allá de este mensaje resulta difícil, en tanto los vínculos productivos y reproductivos con el medio ambiente local se han roto flagrantemente, no así en el medio rural. Pero lo importante es crear este convencimiento general, esta identidad ambiental, pues «la conciencia ambiental de la gente y las actitudes hacia la protección ambiental influyen en el éxito de políticas que promueven tecnologías verdes y consumo sostenible» (Owen *et al.*, 2010: 465). Es decir, asistimos a un fenómeno de retroalimentación, muy común en la actividad política de las democracias representativas: la acción transformadora o disuasiva de las instituciones, y de políticas asistidas de intereses empresariales e inversiones privadas, difunde un discurso en la ciudad para crear el terreno ideal de complacencia sobre nuestro deseo de ser mejores ciudadanos del indefenso Planeta Tierra. A partir de ahí cualquier intervención en la ciudad que acoja este mensaje será bien recibido y la clase dirigente recogerá esta favorable disposición como legitimación y rienda suelta a sus propuestas.

No olvidemos que la preocupación ambiental está estrechamente ligada a las características físicas y sociales del espacio cotidiano del sujeto, de su realidad ambiental, de sus experiencias, de sus vínculos con su medio más cercano y las relaciones culturales con él (Berenguer *et al.*, 2005). Las características físicas de un lugar (geomorfología, paisaje, rasgos climáticos locales, recursos hídricos, toponimia) son usados para reconstruir la identidad local y los problemas colectivos, en un entorno económico y social desterritorializado (Brand, 2007: 620), precisamente al caer en imágenes estereotipadas o justamente lo contrario: despersonalizar los lugares con paisajes descontextualizados, arquitecturas y soluciones estéticas importadas. Conocer cómo se ha transformado la ciudad a través del discurso de la sostenibilidad o cómo, a través de políticas urbanas clásicas o supuestamente renovadoras, han integrado la naturaleza en su diseño y estructura, es un paso clave para dilucidar la conformación de nuevas identidades urbanas en torno a la idea de naturaleza y las contradicciones entre militancia ecológica y conductas sinceramente responsables hacia ella.

El discurso de la sostenibilidad urbana: ¿hacia un reencuentro con la «naturaleza»?

Como advertíamos con anterioridad, el uso del término desarrollo sostenible en campañas políticas y de *marketing* ha influido para creer que el compromiso de las metrópolis con la sostenibilidad está fuera de toda duda. Es llamativo que este discurso no recela de contextos urbanos tan variados y contrastados como Las Vegas, Londres o Vitoria. Las Vegas, un enclave fértil en un ambiente natural agreste y desértico, acoge una de las obras urbanas prototípicas de la sociedad del consumo y el despilfarro, el *urban sprawl* y la arquitectura descontextualizada, pero cuenta con su propia iniciativa proambiental denominada «*Sustaining Las Vegas*». Londres, una aglomeración urbana de más de diez millones de habitantes, de 50 km. de diámetro y otra insalubre ciudad industrial,⁵ presume de estrategias para la movilidad sostenible y una nueva configuración urbana que posibilite espacios y lugares multiculturales en un modelo de ciudad «compacto». Vitoria, ciudad de tamaño medio, cuyo centro histórico hereda la estructura orgánica de la ciudad medieval, fue declarada capital verde europea en 2012 y una de las referencias mundiales en sostenibilidad urbana. ¿Podemos afirmar que los tres casos responden a unos mismos parámetros de sostenibilidad? Los contextos territoriales son tan desiguales que cuesta pensar en la sostenibilidad como una receta mágica reproducible del mismo modo en todas partes. Si bien, dos hechos podrían arrojar claridad a esta omnipresencia: a) la ambigüedad del concepto sostenibilidad que da lugar a opciones y soluciones equívocas y contradictorias; b) el medio ambiente, de ser algo sustancial, se convierte en el *mainstream* de la gestión urbana y al cual todas las ciudades quieren sumarse.

¿Qué es lo que hace pensar que la ciudad se mueve por la senda de la sostenibilidad? Y, sobre todo, ¿de qué forma el ciudadano identifica a su ciudad como sostenible? Volviendo a la importancia que ejerce el entorno físico y material en la percepción del ciudadano, una de las claves para constatar, al menos visual y simbólicamente la sostenibilidad en la ciudad, es el tratamiento de la idea de naturaleza en el espacio urbano. Es fundamental,

5. Tal fue la contaminación atmosférica a causa de las emisiones procedentes de las chimeneas de las factorías, que el smog imposibilitaba la visibilidad para los ciudadanos, registrándose varios casos de personas que se ahogaron en el Támesis sin advertir su presencia mientras caminaban (McNeil, 2003).

que el paisaje urbano sea un reflejo de este retorno a la naturaleza, una imitación de ella misma, con la presencia de elementos vegetales y de jardines, con el tratamiento estético y funcional del agua, pero también de otros artificiales que evoquen estos. Las ciudades modernas acogen, de este modo, una naturaleza simbólica (Fariña Tojo, 2002) que, en el fondo, invisibiliza aquellos problemas socioambientales más incómodos y de mayor envergadura. Como consecuencia de ello, la identidad de la naturaleza en las ciudades se ha convertido en algo incierto (Pincetl, 2007: 88), un híbrido de los tiempos modernos (Latour, 1991), mezcla de artificio y de autenticidad. De este modo la naturaleza entra en el terreno de lo urbano como una realidad construida socialmente, representada y figurada, pero materialmente provista y dependiente de recursos y *commodities*, es decir, de aquellos flujos ecológicos que acompañan al sistema global de intercambios. He ahí la contradicción: se crean y edifican «segundas naturalezas», tales como museos con formas orgánicas, árboles artificiales y, a otra escala, islas artificiales en forma de palmera, pero no serían posibles sin entender el metabolismo entrópico de la ciudad y, por ende, del conjunto de la economía mundial. Estas segundas naturalezas suponen un escenario atractivo para interpretar las claves de nuestro tiempo: en tanto, su morfología, estructura, funcionalidad son el fruto de un diseño y una lógica subyacente, así como un sesgo ideológico, nos revelan de qué forma se gestiona y resuelve la frontera entre lo cultural y lo natural, entre el progreso humano y la conservación de la naturaleza, entre lo artificial y el componente biofísico de las sociedades urbanas posindustriales. Tras la producción de nuevas estructuras urbanas, parques urbanos, corredores fluviales, jardines comunitarios y espacios abiertos se encuentran ideologías dominantes concernientes a la relación entre morfología urbana y orden social (Pincetl, 2007: 88).

La ciudadanía debe percibir que se encamina hacia un reencuentro con la «naturaleza» y que además este camino sea lo menos molesto posible para su quehacer cotidiano. Siendo sinceros, los asuntos ambientales generan incomodidades para formas de vida que se apoyan básicamente en la acumulación de bienes materiales y en el uso de combustibles hasta ahora relativamente baratos. Más allá de que la ciudad realmente disminuya la huella ecológica, lo que interesa es construir un punto de reencuentro con una naturaleza idealizada, que justifique y legitime la transformación de la ciudad, priorizando lo estético y lo simbólico y siendo además una oportunidad para la dinamización económica de la urbe. Un punto de encuentro en el que

todos puedan participar de un modo u otro y se sientan recompensados: la clase política mediante su reconocimiento electoral y el recuerdo en la memoria colectiva por sus obras; los empresarios, obteniendo beneficios inmediatos de sus voluminosas inversiones; los proyectistas, materializando sus más extravagantes diseños e ideas; los ciudadanos, siendo usuarios y consumidores de estos lugares y paisajes que han sido «dispuestos» para ellos. Pueden ofrecerse varios ejemplos:

- La reconversión de antiguas fábricas, muelles y zonas portuarias (*docklands*), así como barrios de obreros, en espacios libres y de ocio, zonas residenciales, polos de desarrollo tecnológico o grandes centros comerciales y financieros, que han alejado aquella imagen de deterioro, insalubridad y malestar reconocible en las ciudades industriales del siglo XIX y primera mitad del XX. Estos espacios se han erigido además en las áreas más privilegiadas y simbólicas de la nueva urbe y han supuesto un elevado reclamo para la atracción de capitales, personas, grandes empresas y firmas comerciales.
- El embellecimiento de plazas, calles y jardines, los nuevos diseños en el mobiliario urbano y en el viario (sistemas de iluminación, contenedores de residuos, etcétera), el reverdecimiento de redes viarias mediante arbolado y plantas, la canalización de ríos y ramblas en el interior de la ciudad, y actuaciones que, por lo general, tienen un alto componente higienista.
- El desarrollo de «ecoaldeas» o urbanizaciones ecológicas, que vienen equipadas de paneles solares, sistemas de ahorro energético o sistemas de depuración de aguas, así como aquellos edificios de nueva creación que incorporan criterios de arquitectura ecoeficiente y bioclimática (*eco-tech*).
- El trazado de sectores y medios de «movilidad sostenible», entre los que destacarían los carriles bici y los tranvías, siguiendo instancias y recomendaciones de la política comunitaria en materia de sostenibilidad urbana.

Estas actuaciones han servido para extender un convencimiento general de que las ciudades (en particular, las de regiones con mayor dinamismo económico) tienden decididamente hacia la sostenibilidad e incluso que es posible etiquetarlas sin tapujos como «sostenibles», dada la presunta vitalidad y salubridad con la que se revisten muchas áreas urbanas. Una impresión que no sólo está presente en la ciudadanía, sino más aún en aquellos que gobiernan o planifican (Fariña Tojo, 2002). ¿Se trata de una manipulación intencionada o se fundamenta en una errónea asimilación de los principios ecológicos?

¿Existe un *marketing* — usando el término sostenibilidad — pensado para difrazar los males urbanos en esta corriente de urbanismo ecológico estético?

Ambas cosas. Las intervenciones arriba descritas y muchas otras denotan, en el fondo, una manera reduccionista de enfocar el problema ambiental de la ciudad. La arquitectura ecológica y el urbanismo sostenible albergan toda una heterogeneidad de soluciones y actuaciones para aproximar la ciudad a ese encuentro necesario con la naturaleza, pero cierto es que muchas de estas actuaciones tienen un resultado más efectista que eficaz. Esta concepción estética e idealizada a la que ha sido confinada la naturaleza puede que nos permita vivir más tranquilos sin replantearnos conductas ordinarias hacia el medio ambiente, pero no contribuyen a solventar, siquiera minimizar, los graves problemas ambientales de los que la metrópolis y sus excesos son responsables en gran parte (Fonseca Prieto, 2008). Carlos Verdaguer (1999) apunta que el no afrontar este debate en términos globales e ideológicos puede conducir a que asumamos como ideales desde el punto de vista ecológico propuestas que poco o nada tienen que ver con una concepción verdaderamente integradora de la ciudad y la arquitectura sostenibles.⁶

Por lo común, los criterios ecológicos y ambientales, tanto en la planificación física, como en la relativa a aspectos de índole más social, se han simplificado en medidas de corte higienista o paisajista, en la ecoeficiencia o en la conservación de áreas con cierto valor para el ocio y el esparcimiento. En última instancia, este tipo de intervenciones y propuestas no difieren mucho de aquellas que caracterizaron la disciplina urbanística en sus comienzos, cuyo propósito era regenerar el espacio urbano afectado por la industrialización. El que, hoy día, se intente añadir una cierta preocupación por lo ambiental dentro de la planificación urbanística a modo de apéndice o añadido a los planteamientos tradicionales, responde más bien a una «moda» de orientación correctora, que a una verdadera revisión de los principios en los que se sostiene la gestión del medio urbano. La siguiente reflexión de J. Fariña Tojo (2002) se dirige hacia este sentido: «Ante la afirmación: las ciudades son insostenibles, cabría preguntarse ¿de verdad lo creen los ciudadanos, los políticos, los urbanistas, los economistas? Mi impresión personal

6. De entre los ejemplos, el autor indica la falsa austeridad de la Nueva Simplicidad berlinesa, los simulacros de identidad local del Nuevo Urbanismo de Andrés Duany y Elizabeth Platter-Zyberk como alternativas plausibles al *urban sprawl*; o la banal identificación de ecología y mimesis de la naturaleza, según la cual cualquier obra de Santiago Calatrava sería el paradigma de la arquitectura ecológica (Verdaguer, 1999: 39)

es que no. Como mucho suele pensarse: “a lo peor, en un futuro, si seguimos así habrá que hacer algo. Pero, de momento ¡qué locura!, ¡decir que las ciudades son insostenibles! No hay más que ver la salud y la vitalidad del sistema urbano”. En realidad éste es el pensamiento generalizado, no sólo entre la ciudadanía, sino también entre buena parte de los profesionales que se dedican a construir la ciudad. Mientras este convencimiento no cale en la sociedad, en los políticos, en los empresarios o en los urbanistas ya podemos planificar sofisticados instrumentos para paliar esta insostenibilidad (supuesta), que no servirán de nada».

Ciudad y medio ambiente continúan categorizadas como dos realidades que pertenecen a ámbitos competenciales distintos, siendo, por norma, el medioambiental tributario y poco representativo de las decisiones referentes a la práctica urbanística tradicional. La planificación territorial ha venido a responder, en cierto modo, a las carencias arrastradas secularmente por la ordenación urbana. Si algo ha permitido una visión territorial del fenómeno urbano es comprender que el funcionamiento e impactos de la ciudad no pueden ser abordados circunscribiéndose exclusivamente a los límites administrativos. Sin embargo, también está lejos de asumir la complejidad de los problemas que la ciudad ocasiona en su entorno. Por el momento, se aprecia en líneas generales, la adopción de un *modus operandi* en el marco de un compromiso formal con la sostenibilidad urbana, que resulta ser un conjunto de medidas reproducibles casi simétricamente en los distintos contextos urbanos, sean o no necesarias, sean o no pertinentes. Ahí podemos señalar los denominados puntos limpios, los trazados de vías de metro o los carriles bici (en pos de una movilidad sostenible), medidas que, no cabe duda, contribuyen a propósitos ambientales muy razonables, pero que son insuficientes si no se plantean dentro de una concepción integradora y sistémica del espacio urbano y, antes bien, de las necesidades reales de la ciudad histórica y sus ciudadanos (sentido de identidad, topofilia y participación activa y real de los habitantes y usuarios del espacio urbano).

El ecologismo neoliberal y la construcción de identidades urbanas: los procesos de gentrificación ambiental

Desde que el urbanismo hace aparición como una disciplina o herramienta para hacer frente a los problemas de malestar ambiental y social de la ciudad

industrial, éste ha tenido una influencia bipolar en la creación de identidades. Por un lado, intervenciones bien diseñadas, con adecuados equipamientos y servicios y, en el mejor de los casos, influidas por la acción y participación social, han podido facilitar las relaciones entre los miembros de una comunidad y por tanto reforzar el sentido de pertenencia y arraigo al lugar de residencia. Sin embargo, no menos comunes han sido aquellas radicales transformaciones en la estructura urbana que han acabado con la existencia de un grupo con un fuerte sentido de comunidad o, que han provocado forzadas relocalizaciones de los residentes (Pol, 2002: 10). Es más, los propósitos iniciales esbozados en el plano finalmente sucumbieron frente a medidas más pragmáticas o fenómenos no previstos en la idea original de los proyectistas. Cabe recordar, por ejemplo, el caso del ensanche de Barcelona, impregnado del higienismo de esta primera etapa del urbanismo moderno, que finalmente sucumbió a los intereses especuladores de una burguesía en ciernes, en lugar de atender a clases más humildes con barrios autosuficientes y con mejor calidad de vida. Evitar la densidad urbana y el hacinamiento de la población llevó, en un contexto de liberalización del mercado inmobiliario, a la concentración de edificios, incluso manzanas enteras, en manos de un mismo propietario. De igual modo, la concepción inicial de Cerdà era conceder mayor protagonismo a los espacios verdes y romper con la dualidad urbano-rural, a través de su integración. Pere Torres (2009: 65) es de la opinión que «la ciudad hoy estaría más en sintonía con los parámetros vigentes de sostenibilidad si se hubiera preservado este aspecto del pensamiento de Cerdà». Un diagnóstico parecido puede hacerse del modelo ciudad jardín de Howard, lo que es para muchos el preludio del urbanismo expansivo y difuso sobre el que ahora se discute la insostenibilidad de la urbe contemporánea.

Pero no puede soslayarse que, en el fondo, toda la corriente de urbanismo ecológico que ha dominado la etapa de reinvencción de la ciudad moderna a partir del principio de sostenibilidad, dista poco de aquel movimiento intelectual, liberal e higienista, que condujo a un mayor segregacionismo de comunidades e identidades. Entre ellas, la misma idea de naturaleza, reconocida por las clases más pudientes en una naturaleza de escenario, de componente paisajista y motivada por la clorofilia, la hidrofilia o, simplemente, el aroma de un césped recién cortado. O su inclinación elitista, que no es sino expresión de la lógica capitalista que se extiende hasta nuestros días. Es evidente que el carácter tecnocrático y fuertemente institucionalizado que adquieren, por lo general, las políticas de planificación y gestión urbanas, a lo

que se une las trabas burocráticas y las dificultades para canalizar la participación pública, alejan a la planificación urbana de los intereses y necesidades de la ciudadanía. El tener poco en cuenta la sensibilidad de la población y sus necesidades dentro de un clima de malestar general también ha provocado la inhibición frente a problemas ambientales cercanos (Pol, 2002: 15). El urbanismo ecológico dominante opera en los niveles de los intereses económicos estratégicos y en las prácticas sociales diarias para facilitar, con distintas manifestaciones locales, la legitimación de los gobiernos de la ciudad neoliberal y el control y regulación de sociedades urbanas crecientemente fragmentadas, desiguales y conflictivas (Brand, 2007: 617).

Un fenómeno reciente que explica este «despotismo» ecologista por parte de los poderes públicos es lo que se ha dado a conocer como gentrificación ambiental (Quastel, 2009; Checker, 2011; Curran y Hamilton, 2012). En lo esencial, no supone gran diferencia con la gentrificación «convencional», es decir: la intervención desde el aparato gubernamental (o la concesión de facilidades) para transformar la imagen de un área degradada de la ciudad (con frecuencia de gran significación histórica) a partir de la *recolonización* de sus residentes y la acomodación de otros con rentas más elevadas y con gran peso político. Desde la óptica conservadora, este término se suaviza con el eufemismo o, incluso, de manera intencionada, *recualificación social* (García Herrera, 2001), que no deja de ser peyorativo, dando a entender que los nuevos ocupantes gozan de mayor prestigio y dignidad como ciudadanos. Sin embargo, en este caso, la variante ambiental engarza con fenómenos que son objeto de estudio por parte de la ecología política. La ola renovadora y el aburguesamiento de estas áreas viene precedida, generalmente, por una intensa lucha y defensa de unas condiciones de mayor salubridad y cuidado ambiental por parte de sus residentes, históricamente peor atendidos que en otras partes de la ciudad. La paradoja está, sin embargo, en que las mejoras en la calidad ambiental de áreas o barrios degradados no han ido en beneficio precisamente de sus humildes residentes, pues estos finalmente se ven desplazados. La reutilización y reforma de espacios que antes eran indeseables, se revalorizan y atraen a inversores y élites urbanas que buscan un nuevo emplazamiento acorde a sus expectativas y estilos de vida.

En este caso, la sostenibilidad se aleja de uno de los objetivos que se le suponen, y que es asumida en la esfera institucional: la persecución de la equidad y la justicia social, por lo que surge el interrogante de ¿para quién se planifica realmente la sostenibilidad? La respuesta quizás debe llevar anexo-

nada otra pregunta que revela, realmente, la cuestión ideológica y el conflicto de intereses en la lógica capitalista de producción del espacio urbano: ¿quiénes son los que planifican? Así, por ejemplo, los barrios de Brooklyn y Harlem en Nueva York han experimentado tendencias parecidas, en tanto su adcentamiento y reverdización han respondido a este mismo patrón de gentrificación ambiental. De esta forma, las nuevas comunidades instaladas se han aprovechado de años y años de lucha por parte de las comunidades residentes que ahora se ven incomprensiblemente desplazadas, debido al encarecimiento de los precios en el mercado del suelo e inmobiliario y a los nuevos procesos de segregación social, donde la nueva zonificación desde la planificación gubernamental es determinante. El riesgo es que si, por un lado, la regeneración de áreas urbanas degradadas se convierte en un potente mecanismo legitimador del gobierno local utilizando el siempre exitoso discurso de la sostenibilidad, las comunidades afectadas adopten una postura reactiva, rechazando estas mejoras y reafirmando su identidad a partir de la añoranza por la degradación.⁷

En otros casos, estos procesos de gentrificación ambiental y de desplazamientos de comunidades residentes tienen que ver con la celebración de grandes acontecimientos internacionales, que suponen una oportunidad para restaurar ecosistemas locales, en el mejor de los casos, o maquillar y exportar el daño ecológico, en los más habituales. Este «urbanismo espectáculo» (Romero, 2010) también ha absorbido el discurso de la sostenibilidad, como pretexto para legitimarlo a todos los niveles: ambiental, económico y social. Durante los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado, la renovación urbana de Spokane para la celebración de la Exposición Internacional de Washington de 1974 —la primera cuya temática principal fue, precisamente, la preocupación ambiental bajo el lema «el progreso sin polución»—, es una clara muestra de este ecologismo neoliberal. Una de las actuaciones supuso la creación de un gran parque, a partir de la recuperación de los márgenes del río Spokane, adcentando el centro urbano y alejándolo de la estampa de una ciudad con pasado industrial. Los dirigentes locales utilizaron el urbanismo verde o ecológico para la renova-

7. Muestra de ello es el caso de Harlem, cuando con motivo de los proyectos de transformación y reverdización, una mujer demandó un lugar donde ir a fumar, pasar el rato y tirar la mierda, respondiendo de esta forma a la corporación encargada de estos proyectos que utilizaba un pretexto muy recurrente y populista: nuevos espacios y parques donde los niños pudieran jugar (Checker, 2011: 211).

ción del paisaje urbano, donde invirtieron grandes sumas monetarias (Bryson, 2012). El pretexto, sin embargo, vino acompañado del desplazamiento de aquellos residentes con bajo poder adquisitivo y una planificación promovida por y para las élites. Las contradicciones son especialmente flagrantes en aquellos acontecimientos que, como en el caso de Spokane, hacen un alarde de defensa de la naturaleza y la necesidad de corregir nuestro actual modelo de desarrollo hacia tendencias más sostenibles. En España el caso más reciente es el de la Exposición del Agua de Zaragoza. Millones de euros se invirtieron en una operación estética del Río Ebro y en dotar de equipamientos, edificios e instalaciones a este evento que ponía en el centro de la cuestión el problema de la escasez y la calidad de agua. Un planteamiento que choca visceralmente con la huella material y ecológica dejada una vez finalizado el evento. Muchas de las infraestructuras y edificios han quedado en desuso y cuyo mantenimiento implica un duro mordisco a las arcas municipales locales. Al igual que en el caso del Museo de las Artes y de las Ciencias de Valencia, aún está por amortizar toda la inversión efectuada. Hoy, para muchos ciudadanos, el área de la Exposición se ha convertido en un lugar de esparcimiento, pero en el que no tuvieron influencia alguna, ya sea en su diseño, en su función, como en su posterior vocación.

La utopía decrecentista en el contexto urbano: ¿hacia otra ecología de la ciudad?

La filosofía del decrecimiento⁸ ha actuado en los últimos años como bandera de las reivindicaciones de una ciudad donde la esencia para lograr una efectiva transición hacia la sostenibilidad parta de una mayor implicación ciudadana y del restablecimiento de los vínculos entre ciudadanía, espacio urbano y periferia urbana (zonas rurales). Estos movimientos han tenido mayor incidencia, si cabe, en países del Sur de Europa, pero enlazan en sus principios con otros arraigados durante décadas en otras ciudades y lugares del mundo (Martínez-Alier *et al.*, 2010).

La lógica decrecentista aboga por un crecimiento en actividades intangibles que comporten beneficios personales y colectivos. En definitiva, una nueva lógica de bienestar que, al contrario del modelo de desarrollo hasta

8. Véase, por ejemplo, S. Latouche (2007, 2008), C. Taibo (2009) y N. Ridoux (2009).

ahora dominante, priorice la mejora cualitativa sobre la cuantitativa. Los partidarios del decrecimiento se refieren a la reducción de la dimensión material de la economía. El crecimiento en términos crematísticos suele producir o es consecuencia de comportamientos y acciones que merman la sostenibilidad social y ecológica, ya sea interna como planetaria. Además, insisten en una ecología humana que desmaterialice los sistemas productivos y económicos, y propugnan una filosofía de vida, apoyada en valores como la frugalidad, la autolimitación, la solidaridad o la convivencia. El decrecimiento, por tanto, no sólo se entiende como un propósito único de reducir las dimensiones ecológicas de la economía global. Decrecer va en estrecha unión a la diversidad: formas de gestión del medio según especificidades geográficas y culturales.

El mensaje que preconizan los movimientos en pos del decrecimiento económico tiene la dificultad de congregarse dentro de sociedades urbanas cuyo nivel de consumo es disparatado, incluso en tiempos de recesión económica. De igual modo, la defensa de un decrecimiento en comunidades de renta más baja y, sobre todo, en sociedades en el umbral de la pobreza, se ha calificado de inmoral, mientras las regiones más pudientes y onerosas (el «Norte global», que matiza la geografía clásica de zonas desarrolladas y «en desarrollo») no aminoren sus desaforadas vidas materialistas y derrochadoras. En este brete, parece que el decrecimiento, sea por demasiado provocador como por injusto, tendría poco éxito a la hora de aglutinar gente y construir nuevas identidades en relación al medio ambiente urbano. Sin embargo, una comunidad de gente que se identifique con la filosofía decrecentista ha de asumir el mensaje de la sostenibilidad más allá de su faceta teórica o de buenas intenciones. Parte del hecho de construir un estilo de vida cuyas necesidades estén cubiertas sin recurrir al acopio incesante y absurdo de bienes materiales y al uso del transporte motorizado para fines superfluos. Evidentemente, no es seguro que las contradicciones entre identidad o sensibilidad ecológica y comportamiento consecuente a él puedan ser totalmente eliminadas. Pero el dirigir la reflexión hacia el ámbito más cotidiano, donde el *marketing* ambiental no tendría cabida (porque implicaría ir en contra de la reducción del consumo, sea incluso de productos con etiquetado ecológico) asegura que el ciudadano en cuestión se identifique con un patrón de vida por convencimiento personal, y no por influencia mediática externa. Los cambios en los estilos de vida pueden condicionar nuevas propuestas urbanísticas dirigi-

das a dar cobijo a nuevas demandas, donde los centros comerciales, la casa con jardín y piscina o la movilidad motorizada pierdan peso en favor de una vida de barrio, con pequeños comercios y con actividades accesibles en tiempo, reduciendo de este modo los desplazamientos.

Otra diferencia sustancial con el urbanismo ecológico estándar es el origen de las propuestas. Para ser decrecentistas no es necesario disponer de todo el ejército de arquitectos, ingenieros y urbanistas que suele acompañar a los equipos de planificación. No es que estos pierdan su función social, sino que deben ajustarse a las demandas de la ciudadanía en cada coyuntura económica y cultural. Es decir, hasta ahora, los movimientos decrecentistas han insistido en el papel de la gente en el diseño de iniciativas y en reforzar los lazos comunitarios en pos, precisamente, de hacer menos traumático y más razonable la transición hacia una vida más autosuficiente. La apropiación del espacio urbano (un término en boga) es precisamente discutir y acomodar la función que cumplen los lugares y el mobiliario urbano que han sido proyectados y en ocasiones impuestos desde las altas esferas. El papel del arquitecto o del urbanista se readapta como observador de la ciudad e intérprete de las dinámicas de uso y producción del espacio cotidiano, en este caso, desde el prisma de la sostenibilidad: «El arquitecto dejaría de ser un productor/constructor y se definiría más bien como un gestor/administrador de espacios; o quizás como un diseñador de procesos urbanos y un catalizador de ciudadanía y de vitalidad» (Cingolani, 2010). La estrategia de «no hacer nada» (Cuervas-Mons, 2009) es mucho menos costosa y traumática que el tratar de forzar corredores ecológicos, espacios verdes y nuevas urbanizaciones provistas de todos los certificados de eficiencia ambiental habidos y por haber. Este rol llevaría a los proyectistas a tener una percepción más acertada de las dinámicas y comportamientos sociales y a no presuponer las necesidades de cada uno de los miembros de una comunidad. Aprender los desplazamientos diarios, la forma de uso de los espacios públicos y privados y los conflictos surgidos entre actividades con alto grado de incompatibilidad, son algunos de los retos para que arquitectos, urbanistas y otros profesionales en la gestión de la ciudad, trasciendan la idea representada o imaginada de la ciudad en el plano. Qué duda cabe que la mejor forma de aproximarse a esta fenomenología del espacio urbano es integrar debidamente a la ciudadanía en los procesos de planificación, no de un modo testimonial y casi forzado a ello, sino de forma activa y sin intermediación de intereses o campañas de *marketing*.

Por último, cabría referirse a la necesidad de repensar la identidad urbana en función de la idea de naturaleza. Los asuntos en materia ambiental han quedado por lo general enfocados a introducir con calzador la naturaleza en la ciudad, una naturaleza de museo, ajardinada o simbólica. En este sentido, el paso intermedio y obvio para restablecer los vínculos de la ciudad con el medio ambiente, y facilitar una mejor comprensión del papel de la naturaleza en la ciudad, es incluir a lo rural como parte de la ecuación. Y es aquí donde cobran valor el papel que ejercen aquellas comunidades rurales que aún perviven en la periferia urbana y cuya providencia está en riesgo ante el fenómeno del *urban sprawl* y el crecimiento desahogado de la mancha urbana. Una fórmula ya conocida y en la que insisten muchos movimientos decrecentistas, es la de acercar al ciudadano a aquello que puede llegar a proveer materialmente sus vidas, es decir, introducir la producción agrícola de los alrededores en mercados urbanos, como forma de acortar las distancias entre productor y consumidor, una de las razones del desarraigo ecológico acelerado en las sociedades modernas y posindustriales. No se trata tan sólo de una fórmula para dar salida a productos que se enfrentan a una dura competencia en el mercado. Sino, fundamentalmente, para conectar, a partir del metabolismo interno de los consumidores, con el metabolismo externo de la ciudad: la identificación del individuo con su entorno debe partir, de este modo, desde el conocimiento y cercanía respecto a lo que le sirve de sustento, como otrora era habitual. Sólo de esta manera se puede crear confianza y sentido de pertenencia a los sistemas de producción local y fomentar redes cooperativas entre urbanitas y agricultores.

Repensar el urbanismo desde la postura decrecentista, supone, de este modo, reforzar el papel de la ciudadanía y de las distintas comunidades en la conformación de identidades basadas en el arraigo a los lugares de uso cotidiano, cuya implicación en los problemas y la toma de decisiones sea realmente activa. De esta forma se trascendería la corriente formalmente ecologista sostenida por gobernantes y habitantes de la ciudad, pero ineficaz y contraproducente en sus efectos, hacia un tipo de ecologismo de compromisos reales y de comportamientos sinceramente sostenibles.

Referencias bibliográficas

Aguilera, F. (2006). «El fin de la tragedia de los comunes», en Gordillo, J.L. (coord.): *La protección de los bienes comunes de la humanidad. Un desafío para la política y el derecho del siglo XXI*. Trotta, Madrid.

- Bailey, A. (1979). *La percepción del espacio urbano*. Instituto de Administración Local, Madrid.
- Berenguer, J.; Corraliza, J.A. y Martín, R. (2005). «Rural-urban differences in environmental concern, attitudes, and actions», *European Journal of Psychological Assessment*, vol. 21, nº 2, págs. 128-138.
- Bermejo, R. (1993). *Manual para una economía ecológica*. Los Libros de la Catarata, Madrid.
- Brand, P. (2007). «Green subjection: the politics of neoliberal urban environmental management», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 31, nº 3, págs. 616-632.
- Carpintero, O. (1999). *Entre la economía y la naturaleza. La controversia sobre la valoración monetaria del medio ambiente y la sustentabilidad del sistema económico*. Los Libros de la Catarata, Madrid.
- Checker, M. (2011). «Wiped out by the "Greenwave": environmental gentrification and the paradoxical politics of urban sustainability», *City & Society*, vol. 23, nº 2, págs. 210-229.
- Cingolani, F. (2010). «La décroissance como alternativa al exceso de diseño en las ciudades», Blog ecosistema urbano, <http://ecosistemaurbano.org/castellano/la-decroissance-como-alternativa-al-exceso-de-diseno-en-las-ciudades>. Consultado el 10-08-2013.
- Cuervas-Mons, I. (2009). «No hacer nada, con urgencia», 5 de octubre de 2009, Blog La Ciudad Viva, <http://www.laciudadviva.org/blogs/?p=2619>.
- Curran, W. y Hamilton, T. (2012). «Just green enough: contesting environmental gentrification in Greenpoint, Brooklyn», *Local Environment*, vol. 17, nº 9, págs. 1027-1042.
- Fang, H. y Loury, G.C. (2005). «Dysfunctional identities can be rational», *American Economic Review Proceedings*, vol. 95, nº 2, págs. 104-111.
- Fariña Tojo, J. (2006). «Asimetría e incertidumbre en el paisaje de la ciudad sostenible», *Ingeniería y Territorio*, nº 75, págs. 4-9.
- (2002). «Sostenibilidad y racionalidad en los procesos de urbanización», *Cuadernos de Investigación Urbanística*, nº 42, págs. 7-12.
- Fonseca Prieto, F. (2008). «Procesos de ruptura y continuidad entre naturaleza y sociedad en la ciudad moderna», *Papers: Revista de Sociología*, nº 88, págs. 141-151.
- García Herrera, L.M. (2001). «Elitización: propuesta en español para el término *gentrificación*», *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. 6, nº 332, <http://www.ub.edu/geocrit/b3w-332.htm>.
- Gobster, P. (1996). «Perception and use of a metropolitan greenway system for recreation», en Fabos, J.G. y Ahearn, J. (eds.) *Greenway: The Beginning of an International Movement*. University of Massachusetts Press, Amherst.
- Hunter, A. (1987). «The symbolic ecology of suburbia», en Altman, I. y Wandersman, A. (eds.) *Neighbourhood and community environments, human behavior and environment* (vol. 9). Plenum, Nueva York.
- Latouche, S. (2008). *La apuesta por el decrecimiento ¿Cómo salir del imaginario dominante?* Icària, Barcelona.
- (2007). *Sobrevivir al desarrollo. De la descolonización del imaginario económico a la construcción de una alternativa*. Icària, Barcelona.
- Latour, B. (1991). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Siglo XXI, Madrid.
- Martínez-Alier, J.; Pascual, U.; Vivien, F.-D. y Zaccai, E. (2010). «Sustainable de-growth: Mapping the context, criticisms and future prospects of an emergent paradigm», *Ecological Economics*, vol. 69, págs. 1741-1747.
- McNeill, J. (2003). *Algo nuevo bajo el Sol: historia medioambiental del mundo en el siglo XXI*. Alianza Editorial, Madrid.
- Naredo, J.M. (2006). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Siglo XXI, Madrid.
- Opatow, S. y Brook, A. (2003). «Identity and exclusion in Rangeland conflict», en Clayton, S. y Opatow, S. (eds.) *Identity and the Natural Environment*, Cambridge, MIT Press, MA, págs. 249-272.

- Owen, A.; Videras, J. y Wu, S. (2010). «Identity and environmentalism: the influence of community characteristics», *Review of Social Economy*, vol. 68, n° 4, págs. 465-486.
- Pincetl, S. (2007). «The political ecology of green spaces in the city and linkages to the countryside», *Local Environment*, vol. 12, n° 2, págs. 87-92.
- Pol, E. (2002). «The theoretical background of the city-identity-sustainability network», *Environment and Behavior*, vol. 34, n° 1, págs. 8-25.
- Ridoux, N. (2009). *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*. Los Libros del Lince, Barcelona.
- Romero, L. del (2010). «Dos décadas de urbanismo-espectáculo en España: los grandes eventos como motor del cambio urbano», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, vol. 53, págs. 309-327.
- Quastel, N. (2009). «Political ecologies of gentrification», *Urban Geography*, vol. 30, n° 7, págs. 694-725.
- Stokols, D. y Shumaker, S. A. (1981). «People in places: A transactional view of settings», en Harvey, J. H. (ed.) *Cognition, social behavior and the environment*. Hillsdale, Lawrence Erlbaum, NJ.
- Taibo, C. (2009). *En defensa del decrecimiento*. Los Libros de la Catarata, Madrid.
- Torres, P. (2009). «El pensamiento de Cerdà: una lectura desde la sostenibilidad», *Ingeniería y Territorio*, vol. 88, págs. 62-67.
- Valera, S. y Guàrdia, J. (2002). «Urban social identity and sustainability», *Environment and Behavior*, vol. 34, n° 1, págs. 54-66.
- Verdaguer, C. (1999). «Paisaje antes de la batalla. Apuntes para un necesario debate sobre el paradigma ecológico en arquitectura y urbanismo», *Urban*, n° 3, págs. 29-43.



Carrer de Fernando Poo, barrio El Poble nou, Barcelona

Identidad del lugar, envejecimiento y presiones ambientales de la ciudad. Reflexiones desde la gerontología ambiental

Diego Sánchez González¹

Introducción

En el atardecer de la vida nos damos cuenta que las crisis pueden aportarnos oportunidades de cambio. La globalización y la urbanización plantean cre-

1. Doctor en Geografía y Máster Universitario en Gerontología Social por la Universidad de Granada. Profesor-Investigador Titular de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma de Nuevo León y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, CONACYT, México.